

Mérida. CRÓNICAS DE UN PUEBLO

Autor: Francisco Javier Sancho y González. Introducción y notas Francisco Joaquín Sánchez González.

Edita: José Luis de la Barrera Antón. Gráficas Rejas, 528 páginas, 2016.

José Luis de la Barrera Antón, conservador del Museo Nacional de Arte Romano, nos ofrece un nuevo libro, “*Mérida. Crónicas de un pueblo*”, continuación de sus excelentes monografías *Estampas de la Mérida de ayer* y *Memorias y olvidos en la historia de Mérida* que tuve el honor de prologar.

Y expresaba en uno de esos prólogos que el Dr. De la Barrera era uno de nuestros naturales que mejor sabía emeritensear, es decir, recrearse en la consideración de los tiempos pasados vividos por la gloriosa ciudad, disfrutar a la hora de recorrer sus calles, plazas y rincones más preciados que tantas historias y vivencias sugieren, recopilar motivos del cotidiano vivir de los augustanos,- y ahora, en unos tiempos en los que la mediocridad y la homogeneidad de las formas de vida nos invaden por doquier-, en tratar de penetrar, en suma, en la esencia emeritense, lo que, a fuer de sinceros, muy pocos consiguen, porque para ello hay que tener una sensibilidad a flor de piel y unas dotes de observación notables que a muy pocos adornan.

Conozco a José Luis de la Barrera desde hace mucho tiempo y con él he tenido la oportunidad de comentar una y mil veces asuntos que atañen a nuestra ciudad: historias, costumbres, idiosincrasia de sus naturales. He aprendido, por cierto, muchas cosas a su lado.

He llegado a afirmar, también, que José Luis de la Barrera es feliz cuando se dedica a tratar temas emeritenses de los siglos anteriores y del pasado más reciente y fruto de ello son sus monografías y artículos, a través de los cuales descubrimos aspectos in-



éditos y olvidados del devenir de nuestra urbe. No hay secretos para él en estos temas.

De nuevo, José Luis, emeritense convicto y confeso, nos regala una nueva monografía de temas emeritenses, escrita sabe Dios con cuántos sacrificios, con el empleo de tantas horas robadas al descanso, a la familia, pero en una labor presidida ante todo por el amor a la ciudad que le vio nacer, con el rigor de historiador, con el dominio de una excelente prosa, consustancial a su impecable estilo literario, en la que aparecen hermosas palabras de nuestra lengua, sino en desuso, sí poco empleadas hoy día y con ese estilo, al que nos referíamos, sencillo, directo y alejado de esa pesadez que caracteriza a muchos historiadores. La

obra está escrita, en suma, para todo tipo de público.

Cada capítulo o sus apartados cuentan con un oportuno frontispicio, bien en verso, bien en prosa que nos sitúan acertadamente en el contenido de lo que vamos a leer a continuación. No sólo por esto, sino también por lo que podemos apreciar a través de todo del libro me admira la erudición de la que hace gala José Luis, buen degustador de las excelencias de la literatura castellana y de la cultura popular expresada en múltiples refranes.

El caudal de informaciones que nos ofrece es muy rico y completo, así como de ilustraciones, lo que denota que ha sido una tarea en la que ha empleado varios años en la preparación de la presente monografía.

A través de 525 páginas de una cuidada edición da a conocer aspectos del cotidiano vivir de los emeritenses de los pasados siglos, sin olvidar que estas formas de vida, estas costumbres, en su mayoría tuvieron un antecedente no sólo ya en los recientes pasados siglos, sino que aparecían perfectamente definidas en el cotidiano vivir de la *colonia Augusta Emerita*, que él, como arqueólogo, tan bien conoce.

Tras un sencillo, pero valioso prólogo de nuestro excelso poeta e Hijo Predilecto de la Ciudad, Rafael Rufino Félix, en su Proemio el autor expresa sus sentimientos a la hora de emprender este proyecto que, como refiere, cierra un ciclo iniciado hace tres lustros y sus intenciones que no son otras que las de rendir tributo a quienes le han precedido en la tarea de historiar parcelas de la vida de nuestra ciudad. No espera otra cosa como premio que los sencillos laureles que quisiera Cervantes para el suyo: "*Manoseado por los niños, leído por los mozos, entendido por los hombres y celebrado por los viejos*".

El libro se estructura en tres capítulos, diferentes, pero unidos por la temática que preside toda la obra.

El Primero se titula *Crónicas del tiempo de Maricastaña: un tiempo de vellones y corambres*.

En su primer apartado se evoca el pasado pastoril de nuestra Extremadura y, por ende, de nuestra comarca con la trashumancia por la Cañada Leonesa como protagonista de tantos y tantos acontecimientos y de familias venidas de diversos lugares de nuestra Geografía que se asentaron entre nosotros e hicieron progresar a nuestras tierras. Todavía alcanzamos a ver por los caminos y cañadas a los últimos trashumantes emeritenses, los Gómez de la Peña, quienes llegados de las verdes tierras del Norte, tras sortear el Puerto de "El Pico", se encaminaban con sus reses a nuestras dehesas para pasar el invierno.

De la actividad ganadera surgieron labores especiales como la esquila y el lavado de lanas que en Mérida tuvieron especial actividad en los lavaderos de la Antigua y San Lázaro como bien refiere el autor, al igual que los curtidos, con sus factorías como la que la Familia Gijón tenía junto al Puente de Albarregas. De todo ello se da buena cuenta en este apartado.

¡Qué de historias de lobos, terror de los rebaños, se podrían contar en la Extrema-dura de antaño! ¡Que de ajustadas descripciones de su cacería debemos a escritores como Reyes Huertas! José Luis nos describe las zozobras de los ganaderos y gentes de nuestros pueblos ante la segura amenaza de estos cánidos, su organización a la hora de combatirlos, con la figura del alimañero, sin hacer ascos a su simbología hermana de la noche, de la oscuridad que conduce a la muerte.

Otros aspectos no menos interesantes cierran el capítulo como el problema de los cuneros, tan crucial en diversas épocas, sobre todo cuando se producían conflictos bélicos, con la exposición en conventos y casas prósperas de esos pequeños seres tan desprotegidos.

¡Cómo cambió todo, como él refiere, cuando se hizo la luz! Pero antes no fue así.

Las calles contaban tan sólo con una tenue iluminación proporcionada por faroles, cuyo encendido y apagado estaba en manos de profesionales, los faroleros de la copla.

Y, cómo no, miserias de la condición humana: las mancebías. Tras una buena visión de lo que sucedió en Roma, de lo que estamos bien informados gracias a numerosos ejemplos de la antigua Pompeya, la realidad emeritense con el popular barrio de “Las Tenerías”, donde, como es conocido y él describió en uno de sus anteriores libros, se produjo un jocoso incidente en 1947, por la salida apresurada de aquellas casas, ante una fuerte avenida del Río, de clientes y mujeres del oficio.

El capítulo lo cierra algo tan interesante, el “modus vivendi” de la Mérida rural de antaño, como era “La vieja molienda”: la siembra, la siega y la trilla de los cereales en nuestras eras.

Por fin, un interesante epígrafe sobre creencias y supersticiones emeritenses.

Algo diferente, pero bien enmarcado en la temática del libro es lo contenido en el Capítulo Segundo, *El poso de los días*, título, como me refirió José Luis, sugerido por la poesía de Rufino Félix. Es una temática muy cara a mi persona, porque como he puesto de manifiesto en mis libros sobre Mérida, quizá mi felicidad estriba en vivir en mi ciudad contemplando con delectación el paso de las estaciones.

Títulos tan sugestivos como *Las hojas del tiempo* o *Los Trabajos, los ocios y los días* llenan de contenido este interesante y cercano capítulo, en el que las poesías elegidas como introducción anuncian lo que va a ser tratado en las líneas siguientes.

Un resumen con las festividades que marcaban, y aun marcan, los días y las labores, con los refranes correspondientes, nos introduce de lleno en la temática, en la que destacarán las efemérides más sobresalientes de la vida emeritense.

¡Cómo no evocar a Santa Bárbara y a las vivencias artilleras de los emeritenses!

¡Cómo lamentamos la pérdida de nuestros militares tras décadas de asentamiento en nuestra ciudad! Mi desazón motivó una senda elegía que publiqué en el diario HOY.

La Nochebuena, con su intimidad familiar, con la alegría que se desbordaba por calles y casas, con aquellos grupos cantando villancicos y canciones populares, con la petición del consabido aguinaldo. Tiempos pasados presididos por el sustantivo *familia*. Jornadas felices con tintes mágicos que nos conducían al “Día de la Ilusión”, el 6 de enero, con su víspera y aquellas modestas cabalgatas con las recuas de burros areneros, cargados de bolsas (¿Serán nuestros juguetes? nos preguntábamos) y miembros del Frente de Juventudes que contemplábamos desde un estratégico balcón de la calle de Santa Eulalia. Yo, como el autor, me motivaba el contemplar esa humilde tienda de la calle de Los Maestros con sus juguetes y artículos de bromas.

En lo religioso, una mirada a esas cofradías de los siglos pasados existentes en Mérida como la del Cristo de la O, sus flagelantes y, por qué no, la referencia a los excesos que se cometían.

Hemos dedicado algunas líneas al análisis del carácter que pudo tener ese espacio del Puente romano conocido con el nombre de “Tajamar” o con el de “las Nundinas”, que Barrera documenta y pone en relación, como hemos podido apreciar hasta el final de la década de los setenta del pasado siglo, con los rodeos de las Ferias. El carácter agroganadero de Mérida, ya de tiempos pasados, con la Hermandad de Labradores y Ganaderos y todas sus actividades.

No olvida alusiones a los ritos relacionados con el Más Allá, muchos de ellos continuadores de las costumbres romanas, como la popular “chaquetía” del Día de los Santos, a la música con los directores más celebrados de la Banda Municipal.

El repaso al *Almanaque de fiestas populares* ofrece el mayor interés por sus referencias a Santa Eulalia y su carácter de

patrona de España y protectora de los que iniciaron la Reconquista. Era tal su prestigio que un día en Burdeos, el párroco de la iglesia dedicada a nuestra Mártir me comentaba que el Camino de Santiago que por allí pasaba en un principio se denominó “Chemin de Sainte Eulalie” y así sucedió con el patronazgo detentado por Santa Eulalia que pasaría a Santiago. Y por hablar de santos emeritenses del prestigio de San Servando y San Germano, sus figuras no pasan inadvertidas para José Luis, aunque en su ciudad la fiesta, 23 de octubre, ya en tiempos de Moreno de Vargas pasara sin pena ni gloria.

Interesante apartado es el de la educación y las escuelas, con noticias abundantes, algunas ya referidas, como expresa el autor, por Máximo Pulido: las penurias de los maestros que alternaban su actividad con otras para poder subsistir, las Escuelas y Colegios como el muy celebrado de Santa Ana, donde estudiaron mi madre y mi suegro, hasta la creación, no sin muchos esfuerzos del Instituto de Segunda Enseñanza, luego conocido como “Santa Eulalia”, ubicado en aquel caserón, evocado en una preciosa composición poética por Rufino Félix, de la calle Moreno de Vargas donde nos formamos con carismáticos profesores, los premios, los castigos, los calendarios festivos. Un excelente y completo panorama el ofrecido por el autor.

Distintas fiestas de entonces, tanto de contenido religioso como patriótico, de acuerdo con los tiempos de postguerra no faltan en la descripción de la Barrera.

Tampoco la temática de los juegos a los que tan aficionado se muestra nuestro autor que ha recogido en diversas ocasiones estas prácticas infantiles y esas letrillas que acompañaban esos juegos tan añorados como el de los bolindres, o el repión que nos procuraba el bueno del “Tornero” de la Plaza de Santa Clara. Más complicadas, siguiendo con los juegos, eran las “pedreas” que bandas rivales protagonizaban, con algún

descalabro como las que se vieron en tantos lugares, en Albarregas como refiere Barrera o las que se producían en la “Trocha de Calamonte” entre calamonteños y emeritenses.

El Capítulo III, *De antaño a hogaño* es, en verdad, muy evocador, porque presenta tipos y oficios populares que hemos contemplado los que ya contamos algunos años y eran parte del paisaje de la ciudad.

Desfilan ante nosotros los pregoneros, ya desaparecidos si no es por los sonidos musicales que salen de la siringa del afilador que, de vez en vez, escuchamos no sin cierta nostalgia, el sereno, que velaba por nuestro descanso y que solucionaba más de un problema, los aguadores que traían el agua de las fuentes a los vecinos que lo necesitaban, un agua de calidad de la que siempre gozó Mérida por sus conducciones hidráulicas romanas que describe muy bien Barrera. Además, el basurero con sus carros especiales, el barbero con el recuerdo del maestro Teodosio Prieto. Los guardias municipales, siempre vigilantes, respetuosos, a excepción del que tenía “malas pulgas” y ante el que corríamos los muchachos por sus amenazas de tomar el balón con el que jugábamos en la calle o cuando salíamos a rondar a nuestras muchachas sin permiso de la autoridad gubernativa. Por fin, los barqueros del río con sus barcas que nos conducían a los baños de la orilla opuesta a “Pancaliente” o los carteros.

En el apartado de *El baúl de los recuerdos*, se evoca la existencia de emblemáticos colmados y de aguaduchos, alguno como la dulcería de Doña Bati felizmente presentes. Pero otros, ¡ay!, en el recuerdo: Alfonso, Zancada, las Avelino, Pedrito, Quico Peña. Los bares célebres de la ciudad: los kioscos de la Plaza, El Briz, Mora....

Otros aspectos contemplados son el de la aparición de los automóviles y los problemas que suscitaron con curiosas ordenanzas para su funcionamiento como las referidas a los taxis que se ubicaron en la Plaza.

Algo que no podía faltar es lo que atañe al “arte de Cúchares” y al balompie.

La afición taurina emeritense es bien conocida y fue referida con la competencia que le caracterizaba por el que fue nuestro amigo, Manuel Núñez. Las corridas de toros más antiguas, los festejos que se celebraban en la Plaza, su inauguración y la galería de glorias emeritenses de la tauromaquia, con sus ansias de triunfo y sus ilusiones truncadas, tienen cabida en el apartado.

Igualmente sucede con nuestro fútbol, con sus primeros tiempos en La Antigua, luego en Estadio Municipal, inaugurado en 1953, en un partido al que asistí, y los jugadores más brillantes de nuestra historia: Lozano, Carino, Tino Vadillo, Lolino y la figura, a la que, por cierto, Mérida debe un reconocimiento, de Agustín Jiménez Villahoz, quien de la nada creó un club que paseó el nombre de Mérida por toda la nación.

Cierra el capítulo, además de una referencia a los tiempos difíciles de la postguerra con el racionamiento impuesto por la escasez que se vivía, una visión de la música ligera y de los conjuntos que existieron, de los que alguno todavía pervive.

Este completo, sentido y entrañable libro concluye con un Epílogo en verdad emotivo porque se trata de un homenaje a su ciudad. Dice así José Luis: *“Entiendo a mi ciudad porque he vivido para conocerla con la perspectiva que dan los años, vuelvo la vista hacia atrás y contemplo lo que se ha ido, aprecio lo que durante años desdeñé y, como en un praxinoscopio, paso una y otra vez por mi memoria situaciones*

y personajes que hicieron de ella algo único e irrepetible, porque el tiempo ya se encarga de que así sea”.

Es así como desfilan ante nosotros personajes populares que fueron, que están en nuestra retina y se niegan a desaparecer de nuestro particular universo, personajes que, sin duda, “hicieron ciudad”. Desde nuestro amigo Paquito Montañés, “El Gitano de las procesiones” como yo le bauticé a Alfonso García “Algar”, El duende del Estadio” pasando por una buena selección que incluye, entre otros, el célebre “Pelín”, al “Latero”, a gitanos bien recordados, a Oti, a los Briz, a Santillana, “protagonistas, en verdad todos ellos de una Mérida vencida por las horas”.

Ambientes de la niñez, olores, sabores, miedos, alegrías, días de escuela y colegio, de prendas de abrigo, días radiantes de la Primavera y luminosos del estío: los días de la ciudad y sus quehaceres y costumbres.

No nos queda otra cosa tras lo que hemos referido que felicitar muy sinceramente a José Luis de la Barrera por este sentido y completo homenaje a su ciudad, agradecerle este regalo, al tiempo que felicitar también a esa empresa modélica, donde se respira el más profundo emeritensismo que es Gráficas Rejas, con mención especial a nuestro amigo Juan Rejas y a la eficiente Manoli que es capaz de realizar ediciones tan excelentes como esta.

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ
*Hijo Predilecto y Cronista Oficial
de la Ciudad de Mérida.*

